

El Extraterrestre

Javier es un chico extraño, introvertido, grande, pero que muy grande, tan grande que parece una estrella de la NBA, mejor de la NHL*, con algunos, demasiados, kilos de más. A Javier nadie le llama Javier, él es el *Extraterrestre*, Extra para abreviar. Estudia segundo de Bachillerato y, aparte de su monstruosa anatomía, se comporta de esa manera que solo corresponde a los locos.

Las clases ya han terminado por hoy y Extra baja corriendo los peldaños que separan la calle de la entrada del colegio. Los salta de dos en dos, incluso de tres en tres, ágilmente, pese a los más de cien kilos que su carrera debe soportar. Canta una canción en inglés, o mejor dicho, repite la misma estrofa... «*Last tonight got a be a good night. Last*

*La liga de fútbol americano.

tonight got a be a good night. Last tonight got a be a good night». Una vez tras otra, insistente, pesado, tapándose los oídos con el dedo índice de cada mano como si con ello pudiera ensordecer esa voz que le persigue y le martiriza, esa voz que le ataca, le incordia y no le deja vivir. Parece un loco.

—¡Eh, Extra! ¿Adónde vas? —le grita un chico a quien casi atropella en su huida.

—¡Pistaaa!—. Salta el otro.

—¡Ahí va Extra! ¡Dejen paso! ¡*Tsunaaami!* —vocifera un tercero.

Los chicos que se encontraban sobre los peldaños de la escalera se apartan como los mozos por las calles en los encierros de San Fermín. Los que charlan y ríen en la isla peatonal de enfrente dejan sus quehaceres, mirándole, y un pequeño grupo sale corriendo tras él...

Fácilmente le ganan el paso, le rodean y sin dejar de dar zancadas, le hablan por turnos:

—¿De quién huyes, Extra?

—¿Qué pasa, Extra?

—¿Adónde vamos, Extra?

—¿Has vista alguna tía buena, Extra?

Extra para su carrera, extenuado; se inclina reposando las palmas de sus manos sobre las rodillas y, jadeante y con la respiración entrecortada, grita:

—¡Déjame en paz!

Extra es un chico tranquilo, de aquellos que encajan todas las bromas, nunca una palabra fuera de sitio, nunca un grito ni un arrebato furioso. Por eso se sorprenden y se le quedan mirando como si fuera un bicho extraño. Óscar, el cabecilla de la peña, el crak del equipo del instituto, el guaperas al que todos le ríen las gracias, el que le había soltado eso de la tía buena, se le encara:

—Tú, ¿de qué vas?

Extra, sonrojado y asfixiado, como si le fuera a dar un ataque de un momento a otro, responde:

—No, no es a ti...

Martín, otro de los del corrillo, le dice:

—¿Quién te tiene que dejar en paz, tío?

Extra mira a su alrededor asustado y, cuando parecía dispuesto a contarles quién tiene que dejarle en paz, se tapa los oídos con el índice de cada mano; de nuevo se pone a cantar: «*Last tonight got*

a be a good night...» y se larga caminando apresuradamente, como si le persiguiera el diablo.

Los tres muchachos miran cómo se aleja, perplejos, y Óscar vocifera bien alto, para que todos le puedan oír:

—¡Estás como una cabra! ¡Qué miedo das, oye! ¡Pero qué miedo das!

Sus compañeros se parten ríen, se empujan, y vuelven hacia la entrada del colegio a enrollarse un rato con las chavalas.

No hay prisa para volver a casa.